

tunadamente; porque una vez, como el Municipio hubiese dirigido al propietario, un herrero, algunas indicaciones acerca de esto, el amo de la casa, montando en cólera, hubo de responder que el Municipio debía tomarle en arrendamiento toda la casa, y que de no ser así, en lugar de una hostería pondría en el piso bajo... alguna cosa peor. La maestría quedó espantada al ver aquel cuarto, de cuyas paredes se caía el yeso á pedazos, y en que los primeros bancos se hallaban tocando con su mesa. Aún se turbó más cuando vió á sus treinta alumnas, desde las de nueve á las de quince años, las unas descalzas, las otras con las camisas sucias, que se estaban en la escuela sin quitarse de la cabeza el sombrero de paja, y se disputaban la pluma ó el tintero, prodigándose mutuamente nombres de los animales hembras que ellas mismas llevaban á pastar. Muy pronto tuvo también una prueba de lo que iban á ser los padres, porque al segundo día de clase presentóse en la escuela una campesina, madre de una alumna, para suplicarla que le cortase un par de camisas para su marido; y cuando oyó que la maestra, con mucha cortesía, se negaba á hacerlo, díjole muy descortésmente que, estando las maestras pagadas por el pueblo para enseñar á coser, parecía que debían considerarse obligadas á prestar estos insignificantes servicios á las familias de las gentes del campo, que pagaban los impuestos como todas las otras. Pero la maestra hubo de recibir todavía un golpe más duro. Sucedió que cierta mañana, mientras la maestra estaba dando lecciones de buen comportamiento y de moral, una discípula de las mayores fué acometida de mareos y vómitos, y tuvo que salir; lo mismo le ocurrió algunas otras veces, hasta que cesó de asistir á clase; y cuando la maestra pidió noticias de la muchacha, se le rieron descaradamente en su cara misma, y le respondieron (con dos palabras crudas): que dentro de nueve meses estaría curada. Esto la dejó como avergonzada y pensativa durante un día entero, y ni para leer tuvo en algún tiempo la cabeza. Pero en naturalezas como las de aquella joven, las ilusiones desvanecidas renacen con prontitud maravillosa, porque es la fantasía misma la que las necesita y las

crea, olvidando inmediatamente que son hechuras suyas. Por esto la maestría se rehizo muy pronto de aquellos desengaños, y prosiguió enseñando con el celo entusiástico de los principiantes. Entre tanto, en los días de vacaciones visitaba ya á una, ya á otra señora que la buscaban para estudiarla por dentro y por fuera, y la pobre no echaba de ver que en cada una de estas visitas dejaba ya una frase ligada, ya una palabra poética, alguna cita un poco impertinente, cualquier entonación de la voz ó cualquier gesto del semblante, que eran cogidos al vuelo y conservados para que sirviesen, primero como medio de maltratarla á espaldas suyas, y después para atormentarla á cara descubierta.

EL SEÑOR REALE

Emilio Ratti habló con la maestra nueva algunas veces, y si bien le recordaba, muy remotamente, aquella maestría vanidosilla de Garasco que iba anotando sus pensamientos «por los campos», comprendió que, en lo que se refiere á estudios, á educación y á talento, aún no siendo ésta una maravilla, no admitía parangón con la otra. Pero la señorita Gamelli le preguntó dos ó tres veces si tenía entre sus libros tal ó cual poeta contemporáneo, del que Emilio solía ignorar hasta el nombre, por lo cual el joven, que fácilmente se escamaba, sospechó que la muchacha le dirigía aquellas preguntas para que él comprendiese la superioridad que en ella había en cuanto á cultura literaria; y herido por esto en su orgullo, evitó las ocasiones de hablarla. Por razones completamente distintas procuraba también evitar la conversación del maestro señor Reale; pero sin conseguirlo del mismo modo, porque al salir de las escuelas respectivas habían de recorrer en direcciones opuestas la misma calle, y siempre que podía el compañero se le agregaba, co-

giéndole del brazo é imponiéndole su familiaridad. El tal señor Reale presentaba tres fases distintas durante el día. Por la mañana, en ayunas, con el estómago estropeado por la bebida de la noche anterior, tenía un humor de mil demonios; todo lo del pueblo lo miraba de reojo, y en la escuela echaba venablos por la boca. A cincuenta pasos de distancia del edificio, por la calle, se oía el ladrido de aquel mastín furioso:

—¡Calla, tunante, ó te hago un agujero en la barriga!

—¡Silencio, bestia, animal, puerco, asqueroso!

—¡A ver si callas, ó te arranco la piel del trasero!

En cierta época se había valido también, para imponer silencio, de un gran leño de los que le servían para combustible en la chimenea; golpeaba con él en la mesa con toda su fuerza, produciendo un ruido espantoso, que aturdió á los alumnos y no dejaba pegar los ojos á nadie en las cuatro casas contiguas; pero se vió precisado á renunciar á ese sistema de sostener orden á consecuencia de una protesta que habían elevado al Ayuntamiento las familias de aquella vecindad. En las lecciones de la tarde, después de haber vaciado las primeras copas de aguardiente, comenzaba su período de benevolencia expansiva, durante el cual dejaba á los discípulos hacer cuanto querían, y hasta reía á carcajadas, y bromeaba con ellos; este período duraba hasta las primeras horas de la noche, en las cuales pasaba Reale al café, donde, entreteniéndose y charlando con las autoridades, ejercía de buenazo, de guapo chico, corazón todo, y todo alegría. Pero luego, en la posada, en el círculo reducido de los amigos íntimos, cuando la exaltación demasiado continuada de los nervios acababa por convertirse en malestar rabioso, arremetía contra todo, pero siempre á propósito de un solo tema: la miserable condición en que, por el Gobierno y por el pueblo, se había dejado á la clase de maestros. Esta conversación había convertido en él en una especie de monomanía. Era Reale un ejemplar curioso del efecto que la propaganda periodística (aún siendo sacrosanta), cuando se hace en pro de determinadas clases sociales, produce en ciertos individuos de ésta: es á saber, im-

buirles poco á poco de cierto orgullo, si así puede llamarse, colectivo y entusiástico, en virtud del cual acaba cada uno atribuyéndose á sí propio la importancia de la clase entera; y poniendo en olvido que solamente es una de las cien mil ruedas de la máquina, considerase como la máquina misma.

De esta manera el maestro Reale, en su propia opinión, no era ya *un* maestro, sino *el* maestro, y no ya solamente *el* maestro, sino la misma instrucción popular encarnada. Con estas ideas, hacía ya algunos años, siempre que hallaba en un diario político ó profesional algún pensamiento ó párrafo que favorecieran á la clase, copiábalo en letra redonda en un pliego de papel, lo adornaba con un marco caligráfico y le pegaba en una de las paredes de su cuarto, que se hallaba tapizado con tales inscripciones. Leíase en aquellas paredes por aquí y por allá:—«Dadme la escuela, y transformaré la faz del mundo. (Leibnitz).—El maestro es el Atlante que lleva sobre sus hombros el mundo civil de las generaciones futuras.—Los maestros son la palanca de Arquímedes que ha de elevar la sociedad á nuevos destinos.—El maestro elemental es el oxígeno de todas las instituciones», etc. Las metáforas usuales con que los maestros suelen ser designados en los periódicos de la profesión: «los parias del pensamiento, los mártires del abecedario, los siervos de la gleba en el mundo intelectual», y otras análogas, conservadas en su cerebro, formaban una colección, que habría podido ser riquísima si el alcohol no hubiese ido poco á poco desvaneciendo su memoria. Y cuanto más continuaba bebiendo, tanto más atrevido se hacía en discurrir nuevos medios para el triunfo de la santa causa. El último de estos medios que él discurría era, en realidad, terrible y grandioso: una huelga gigantesca, treinta mil maestros decididos que habrían de reunirse en una ciudad de las Marcas ó de Toscana, y dirigirse juntos á Roma, formados en columnas como un cuerpo de ejército, á exponer, «por última vez», sus quejas. Mientras eso llegaba, celebraba Reale todo caso de rebeldía individual, y era completamente dichoso cuando podía decir en su círculo de la noche:

—¿No han leído ustedes lo que se cuenta de los dos maestros del pueblo de Bañedo, que en medio de la plaza han apaleado al alcalde?

—Señores, ¡una novedad! ¡Una maestra que ha escupido en la cara al secretario general de Instrucción pública en Roma!

—Oigan ustedes esto: un maestro que ha disparado sendos tiros de revólver contra tres concejales del Ayuntamiento de Signocca.

El, sin embargo, estaba bien con las autoridades; tenía periodos efímeros de fervor religioso y momentos de borrachera sensible, en la que hasta besaba la mano al cura, el cual en verdad solía protegerle porque era uno de los mejores cantantes de la parroquia. Por lo que al alcalde respecta, el maestro había logrado ganar la benevolencia de aquél, procurando con el mayor celo realizar los deseos del señor Lorsa, de que se enseñase á los niños, muy principalmente y sobre todo, á saludar á las autoridades y á saludarle á él, cuando el caso llegaba, con el respeto debido; de tal modo procedía en este punto el maestro Reale, que sus alumnos eran los más hábiles repartidores de saludos que había en el pueblo, y hasta los que andaban con la cabeza descubierta dirigían á las autoridades un saludo militar, y con un «A la orden» cantado, que parecía la entonación de los salmos. Gracias á esto transigía el alcalde con un su método lancasteriano, que consistía en hacer que diesen la lección los discípulos más adelantados, fingiendo que los escuchaba; y cuando se descubría alguna bribonada suya, como, por ejemplo, la de hacer que los niños le pagasen una cantidad por la tinta, que se daba gratuitamente, procuraba echar tierra al asunto. Sólo de vez en cuando le reprendía públicamente por su vicio de la bebida. Pero el maestro no había vuelto á beber aguardiente en público desde cierto día en el cual, como le sorprendiera el alcalde en el café en el momento de llevarce á la boca una copita de ese licor, le había dicho una palabra dura en presencia de otros: todas las tardes, entre doce y dos, enviaba para que se lo comprase á un muchacho, á quien daba instrucciones de que pasase por ciertas calles de travesía,

siempre pegado á la pared y ocultando la copa en un cestillo, porque había observado que el alcalde, cuando el mensajero pasaba por la calle Mayor, le seguía con la vista desde una ventana de su casa.

EN CASA DEL SEÑOR BRUNA

Emilio huía también de Reale, porque éste, después de haber sabido que Emilio estudiaba, había dado en la gracia de burlarse, entre un eructo y otro eructo, de aquellas «hermosas esperanzas», repitiéndole siempre una frase predilecta: «que era perder tiempo el «estudiar lo sabible» por una sociedad que no les pagaba ni siquiera la luz.»

La compañía de aquel borracho repugnaba á Emilio, como la imagen viva del deshonor de la propia clase. Pero habiéndosele presentado Reale en su casa una tarde de los primeros días de Noviembre para proponerle que «fuesen juntos á beber una botella en casa del señor Bruna», hubo de resignarse á salir de bracerío con aquel colega, para comenzar un conocimiento que deseaba. El señor Bruna era uno de los dos maestros del instituto Bocci. Ya Emilio Ratti se había encontrado muchas veces en el pueblo con aquel curita de cabellos blancos y de rostro jovial, que le había producido la impresión de un buen amigo de otros tiempos, y del cual se le hubiese olvidado todo, hasta la fisonomía. Estaba el Instituto en un arrabalillo llamado del Sauce, y situado á una milla del pueblo. Encamináronse á él por una senda solitaria, en medio del campo completamente blanco y bajo un cielo completamente azul, en que brillaba un sol tibio de otoño. Andando y hablando juntamente y deteniéndose á cada momento para encender su pipa de zapatero de viejo, el maestro Reale explicó á Emilio con largos rodeos de palabras que el señor Bruna tenía un sobri-

no de veinticinco años, que era el otro maestro del Instituto, y una sobrina, prima de aquél, una pobre campesina, muy limitadita de alcances, la cual lo mismo que podía haber determinado colgarse de uno de los perales de la huerta, se había empeñado en ser maestra de niñas, y habiendo sido aquel año suspensa, por tercera vez, en los exámenes de reválida en Turín, había sentido tal vergüenza, que no se atrevía á tornar al pueblo, razón por la cual se había detenido tres meses en casa de una tía suya, y de regreso al cabo, no se dejaba ver hacía veinte días.

—Porque en este maldecido pueblo, que es peor que un presidio—gritó,—hay lenguas tan infames que si una pobre muchacha sale mal en sus exámenes, dicen que ha sido reprobada por su mala conducta notoria: una miserable mentira de esos canallas, porque esa chica, ¡voto á mil presbíteros! es una muchacha honrada...; y además una cara que pone miedo.

¡Hasta habían llegado á decir que la sobrina del señor Bruna había tenido un hijo por obra y gracia de aquel hocicón de clérigo flacucho de su primo! Lo mejor del caso es que las lenguas mismas que tal afirmaban, decían también que el primo había nacido con un defecto irreparable, y de tal naturaleza, que el Gran Turco habría podido darle un cargo de confianza en su palacio. En este punto el maestro señor Reale soltó una carcajada descompuesta, sosteniéndose el vientre con las manos, y después, amenazando con el puño á los techos blancos del pueblo, gritó enfurecido de nuevo:

—¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Ladrones!... ¡Y estúpidos y malvados nosotros que os enseñamos á leer!

Y no se tranquilizó hasta que hubieron llegado ante la puerta del Instituto.

Era un grupo de tres casas pobres, en una de las cuales se hallaban las dos habitaciones para las escuelas, reducidas y bajas de techo; en la otra un pisito con tres piezas, que habitaban el señor Bruna y su sobrina, y en la tercera, ocupada por una familia de campesinos, el zaquizamí del sobrino, maestro, instalado cerca del establo.

El señor Bruna se lanzó por una puertecilla con la

ligereza de un muchacho. Emilio quedó encantado de la agradable cordialidad con que lo recibió el sacerdote. Era de estatura cortísima, y pequeñito de todo; su sotana, extremadamente limpia y cuidada, habría sentado perfectamente á un seminarista de doce años; sus cabellos parecían de algodón blanco, sus ojos de azul limpidísimo, el rostro de excelente color, los dientes hermosos y una risa y una conversación y un aire de salud, de alegría, de ingenuidad que encantaban.

Contó primeramente el anciano un suceso cómico de su gato con un ratón, suceso acaecido pocos momentos antes, y después acompañó al maestro Emilio Ratti á visitar «el Instituto». Estaban haciendo la lección; en una de las escuelas había una cubeta humeante. Mientras visitaban aquella estancia, penetró en ella, sonriendo, una Maritormes vieja; mujer gordiflona de unos sesenta años, una caraza de máscara bufa, toda ella torso y trasero, con tres palnos, á lo sumo, de piernas, y que parecía como si estuviese cortada por las rodillas.

El maestro señor Reale dirigióse á ella y le dijo:

—Juana, es preciso que cuente usted al señor maestro la aventura del inspector.

La anciana soltó una risotada que no se acababa nunca y que imprimía á su abdomen movimientos pa-recidos á los de una bailarina gitana.

Era una aventura muy sabida en el pueblo, de cierto inspector real del distrito, que habiendo llegado cierto día, solo y sin previo aviso, á visitar el Instituto, encontró en medio de la escuela á la criada que batía dos huevos en una cazuela, y sin dejarle tiempo para explicar que el señor Bruna la había encargado de vigilar durante una brevísima ausencia suya, la tomó por una maestra y le endilgó un larguísimo y severo discurso acerca del respeto que se debía á la escuela, con algunas palabras altisonantes y dificultosas, que la criada repetía después, estropeándolas de la manera más ridícula del mundo.

Luego que volvieron al patio, el señor Bruna llamó, dando una palmada, á su sobrino, el cual salió del establo, con la cara expresando gran asombro, inclinando dos ó tres veces y balbuceando un saludo.

Maravillóse Emilio al ver aquella extravagante figura de sacristán, largo y flaco, con cara de anémico, cubierta por ligerísima pelusa amarillenta; andaba el tal como de puntillas, con el cuello torcido, la una mano en la otra y los codos pegados al cuerpo y casi sin atreverse á mirar cara á cara á las personas. Trazas tenía de hacer que sus alumnos masticasen Padrenuestros desde por la mañana hasta por la tarde, y sólo con verle podía jurarse que usaba camisas largas hasta los pies, y que para meterse en la cama apagaba la luz antes de desnudarse.

—¿Es el maestro nuevo?—dijo con un hilo de voz.—
¡Oh! ¡Cuánto me alegro!

Y bajó la cabeza, retrocediendo un poco.

El señor Bruna hizo que le acompañasen todos al comedorcillo, donde se apercibía un grato aroma de miel, y mientras la criada destapaba una media botella y escanciaba, enseñó á los maestros un retrato antiguo, iluminado, de María Pía y del rey de Portugal, que había hallado él entre los papeles viejos, y al que había hecho poner un marco; habló en seguida de la casa, de los campesinos, del tiempo, de otras cien cosas, sin interrumpirse, bromeando siempre y frotándose constantemente las manos, como podría haber hecho enumerando una serie de bienandanzas.

Pero como el señor Reale preguntara noticias de su sobrina, el sacerdote paró un poco serio, y bajó la voz. La pobrecilla, del mucho leer, había contraído una dolencia en la vista y se había puesto á estudiar como una desesperada, para tornar á los exámenes por cuarta vez en el año venidero, y no había medios humanos de que renunciase á sus propósitos; afirmaba que no renunciaría á ellas mientras viviese.

—*Infundios*—gritó la criada; y prosiguió después, sin hacer maldito el caso de las señas que el señor Bruna le hacía para que callase:

—¡*Infundios!* y pilladas. ¡Ahora la han desairado otra vez, después de haberse matado á estudiar durante tres años la pobre criatura! ¡Cuánto me gustaría tener ocasión para decir cuatro verdades á esos señores maestros de Turín; cosas que sabemos todos y en todas partes: que solamente salen adelante las mu-

chachas bonitas, que se presentan vestidas á la última moda y se las echan de melindrosas y gesteras en los exámenes! ¡Es un escándalo!

Mucho más habría dicho; pero el señor Bruna la interrumpió haciendo ademán de meterla en la boca un sacacorchos, lo cual le hizo romper en grandes risas; con que tornó el cura á charlar jovialmente de su casa y de la existencia que allí llevaba.

—Así, ni más ni menos, como usted lo ve, señor Ratti, nuestra vida entera está aquí, entre estas cuatro paredes. Aquí vivo hace ya veinte años. ¿Cuántos millares de polentas hemos visto ya humear en este cuartito, Juana? El verano es un paraíso; vistas hermosísimas por todas partes, fuentes de agua exquisita, buenas calles, como usted habrá visto, y ¡una sombra! En invierno la noche se pasa en el establo. Leo algunas veces. Se juega á las cartas. Es verdad que todos los días se parecen demasiado unos á otros. Pero eso es la paz, ¿no es cierto?... Además... muy buena gente toda. Por los pequeñitos puede juzgarse de los grandes. Sería menester que viese usted á nuestros alumnos. Pero á bien que los de usted serán lo mismo, como es natural. Muy buen deseo, muy buenos modales, mucha religión. ¡Ah! ¡Y son inteligentes! Los hay que forman colecciones de minerales raros y de insectos, muy dignas de verse; se lo aseguro á usted. Las fatigas del Magisterio hallan recompensa. ¡Oh! es preciso confesarlo. Y cuando la escuela va bien, va bien todo, porque nosotros vivimos por ella y para ella: ¿no es cierto? Y el tiempo pasa alegremente. ¡Veinte años! ¡Bah! Veinte meses. Cuando se goza de buena salud, por de contado. Basta: demos gracias al de arriba. Otra copita, ¡valientes!

Y echando de ver que estaba procurando poner vino en el vaso con una botella tapada todavía, se le escapó una carcajada franca de muchacho, cuyo ruidoso eco formaba la criada, que se doblaba de tanto reírse.

Miraba entre tanto con admiración Emilio Ratti á aquel pobre sacerdote, anciano, que parecía feliz con tan poca cosa, y buscaba entre sí, no sin un poquito de envidia, las fuentes morales de que podía manar aquella dicha; los sentimientos y las ideas habituales

de que podría componerse, ó la singular y afortunada condición del organismo físico que podía producirla; porque no le parecía posible que procediese todo del sentimiento de la fe religiosa, inseparable siempre de las dudas, de los terrores y de los combates.

Chanceándose sin cesar el cura, acompañó á los dos maestros hasta la puerta del patio, y señalándoles con el dedo hacia tres vacas que á la sazón entraban, dijo tornando á sus carcajadas de muchacho:

—¡He ahí los caloríferos del cuerpo docente!

Y se extendió en el elogio de la leche. Después, formando todos corro en la calle, refirió con hilaridad infantil lo sucedido á un alumno suyo, que hacía ya quince años, con ocasión de una visita del ministro de Instrucción pública, el cual había ido á veranear un mes á Camina, recitó en voz alta en el libro de lectura: «El viento que parte del S. E. (1)» *el viento que parte de su Excelencia.*

Mientras los cinco reían á carcajadas, sonó á cinco pasos de ellos una voz vibrante de mujer, que decía:

—Buenas noches, padre.

Era la maestra señora Pedani, que volvía de una excursión con seis de sus discípulas. Todos se volvieron á saludarla. Así, alta y vigorosa, con una gran pluma negra en el sombrero, con el rostro encendido por los aires de la montaña, envuelta en su capote gris, que parecía una malla de alambre, alta de pechos y respirando con fuerza, estaba admirable. Emilio se sintió más impresionado todavía que en su primer encuentro con la hermosa joven; pero esta impresión no le impidió advertir que el sobrino del señor Bruna se había puesto encarnado en la cara, en los ojos y hasta en el cuello, con un encarnado tan igual y tan encendido, que casi lo desfiguraba, y tenía los ojos muy abiertos y clavados en tierra, como si la misma vergüenza lo aniquilase. El maestro Reale, que no tenía su conciencia muy limpia, se había separado bastante del grupo.

La maestra se detuvo delante del señor Bruna y le explicó de qué manera todos los jueves llevaba á dar un paseo higiénico á algunas de sus discípulas,

(1) S. E., abreviatura de *Sudeste*. (N. del T.)

y muy especialmente las hijas de familias principales, porque éstas en el invierno no hacían el ejercicio necesario. La maestra tenía en eso sus ideas. Era preciso transformar por completo la educación física de la mujer, que solamente se educaba para la ternura, siendo así que en la vida real estaba destinada á sobrellevar dolores físicos más fuertes y á realizar sacrificios más duros que el hombre. Mientras existiera la debilidad de las mujeres, subsistiría la flaqueza en el hombre. La maestra aspiraba á que sus discípulas llegasen á ser más fuertes y más vigorosas que los muchachos de la misma edad. Hacíales dar paseos progresivos, prolongándolos cada vez media milla. En la semana anterior habían realizado una expedición á San Roque; en aquella tarde misma habían llegado hasta Marra. En estas palabras hizo oír media docena de erres. Hablaba sin prestar la atención más insignificante en aquellos cinco pares de ojos clavados sólo en ella; pero miraba á las personas como si tratase de medir sus estaturas y teniendo siempre un pie algo adelantado, y una mano en el bastoncillo como sobre el puño de una espada.

San Roque, la Marra, las calles, las niñas... todo y á todos conocía el curita, que dijo una broma acerca de cada cosa con un acrecentamiento de regocijo, como si la presencia de la bella joven le electrizase. Y no ya solamente en sus ojos límpidos y risueños no aparecía entonces el más débil fulgor de un pensamiento sensual, sino que hasta habría parecido imposible á cualquiera, al mirarle, pensar que aquel ancianito alegre podía haber experimentado en otro tiempo turbaciones de cierta índole. Comprendíase que la vista de aquella muchacha lo animaba, como anima el espectáculo de una fiesta alegre á un niño; que para él aquella joven no era una hembra, era la juventud, la primavera encarnada que pasaba; no otra cosa.

—Buenas noches, señores—dijo bruscamente la maestra; y prosiguió su camino á paso largo, seguida de su tropa.

Los dos maestros, despidiéndose del sacerdote, se encaminaron al pueblo, á unos cincuenta pasos de la

señorita Pedani, siguiéndola con los ojos. Cuando la maestra desapareció detrás de las tapias de su jardín, el señor Reale se detuvo, y volviéndose hacia su colega, á quien vió pensativo, le puso el dedo índice en el pecho, y le dijo riendo:

—¡Está usted cogido!

—¡Qué majadería!—replicó Emilio con despecho.

—En verdad—murmuró el otro, volviendo á ponerse en movimiento con paso vacilante,—nada hay que decir...: es un hermoso cacho de cielo.

EL ALCALDE EN ESCENA

Aquel encuentro dejó efectivamente en el joven una especie de inquietud física, una efervescencia de imágenes sensuales de adolescente, mezcladas con un cierto instinto de rebajamiento que sentía al comparar su persona modesta con la poderosa y atrevida personalidad de la joven, detrás de la cual comenzó casi á ocultársele la imagen de Faustina Galli, que hasta entonces había permanecido siempre delante, muy próxima y completa. Pero de tal manera estaba viva en el espíritu de Emilio la pasión por la escuela en aquellos días, que, lejos de verse perturbado, adquirió nueva fuerza en aquella sobreexcitación de los sentidos, como un potro con un latigazo: el maestro fundió en aquella pasión todos sus deseos, y halló en ella afecto y elocuencia para sus discípulos. Habíansele manifestado entre estos caracteres algo revoltosos; pero habíansele revelado también otros buenos y amables, á quienes no había adivinado en los días primeros; á la tarea de domar á los unos y de perfeccionar á los otros podía dedicarse por entero y tranquilamente, porque le dejaban del todo libre las condiciones del pueblo, el cual, á la sazón, no se hallaba agitado por ninguna lucha de partido que le impusiera la necesidad de estar con el uno ó con el otro, ó de marchar bien

con los dos. Todas las luchas habían cesado desde que el jefe del partido contrario al alcalde señor Lorsa, jefe que era un conde rural y demócrata, reducido por los años y por el abuso del Barolo rancio á un estado habitual de inercia satisfecha y tranquila, se había retirado del palenque, dándose por contento con atacar á los adversarios con diez ó doce epigramas, los mismos siempre, que desde hacía ya muchos años repetía en la mesa, después del café, y casi siempre en el mismo orden. Habiéndosele muerto un su sobrino, teniente de navío, que era su único heredero, había tenido un antojo de viejo rico y que desea que hablen de él: había hecho construir en Camina un teatro bastante espacioso, en el que todos los años representaba la colonia veraniega; y habiendo querido la gran mayoría de los vecinos del pueblo que se diese al teatro el nombre de su fundador, esto había sido suficiente para apagar todas sus ambiciones de gloria. De este modo, con la apertura del teatro, habíase cerrado la lucha de las facciones. No contribuía poco á tener á raya á los contados partidarios del Conde que habrían querido alzar el gallo, la circunstancia de que el alcalde señor Lorsa había sido en su juventud muy terrible en el pugilato, y conservaba todavía reputación de hombre recio, capaz de doblar una moneda con los dedos; porque en los pueblecillos, donde tiene menos ocasión de desplegarse la superioridad intelectual, se conceden más consideraciones que en las ciudades á la fuerza de los puños. A tantas y tan diferentes concausas debía el maestro su paz. Y hasta se daba el caso de que la única autoridad con la cual le hubiera desagradado entenderse, el delegado del pelo rojo, nunca se dejaba ver en las clases con motivo de su tartamudez, que provocaba la hilaridad de los alumnos. Lo único que le disgustaba era que el ordenanza del Municipio, que debería barrer todos los días la escuela, lo hacía solamente cuando le acomodaba, y el alcalde, que le encargaba de otras tareas extrañas á su oficio, hacía la vista gorda.

Este ordenanza era un ente muy original; un inválido, con dos enormes mostachos canosos, que por haber sido herido en el vientre por un rancajo en la

batalla de Novara, tenía un orgullo insoportable, no quería doblegarse á servicios humildes, y á todo el que le dirigía alguna reprensión, le respondía:

—¿Así se habla á un herido?

Después, siempre que estaba algo ebrio, en sus arranques de entusiasmo patriótico se bajaba los pantalones y mostraba su gloria.

El único que alguna vez ponía los pies en la escuela era el alcalde, pero solamente para que constase su presencia; y á proceder así lo estimulaba un sentimiento de rivalidad. Había en un pueblecito contiguo, llamado Stazzella, un alcalde extraordinario, cuyas *gestas* se decantaban en todos los pueblos de la comarca. Era un antiguo oficial de caballería, de familia muy bien acomodada, el cual, después de una juventud de disipación, perdido su patrimonio y expulsado del ejército por deudas, había casado con una señorita rica del pueblo, y sentando la cabeza, consagraba su alma y su fortuna á la vida pública. Tenía ambición, ingenio, modales agradabilísimos; pero su pasado le perjudicaba y le había suscitado muchas envidias su matrimonio; he aquí por qué había sido víctima de una guerra cruel; difamado de mil maneras, sobre todo con una nube de anónimos dirigidos al subgobernador, al gobernador, al administrador de Hacienda, hasta al inspector de Carabineros y al presidente del Consejo de Ministros. Pero él había dominado la tempestad; y conseguido el cargo de alcalde, habíase dado á favorecer la instrucción con un ardor rayano en la monomanía. Había hecho construir un hermoso edificio para escuelas; había aumentado los sueldos á los maestros; establecido para premios libretas de la Caja de Ahorros, fundado una biblioteca ambulante para los alumnos. Casi todas las semanas aparecía en «El Pueblo» la noticia de una nueva mejora introducida por él en las escuelas: ya una donación de carteles para el estudio real objetivo, ya la fundación de un lavadero para los muchachos, ó de un jardín de Froebel; ora una función solemne para reparto de premios, un regalo que el alcalde daba á los profesores, pagándolo de su bolsillo particular. Y todas estas noticias, acompañadas siempre de manifestaciones de gratitud de los

maestros y de elogios colectivos de los administrados. Como es natural, estas glorias de colega tan inmediato inspiraban celos al alcalde señor Lorsa, y más aún desde que los mal intencionados de Camina, habiéndolo echado de ver, habían tomado la costumbre de elogiarle en presencia de Lorsa.

—¿Han oído ustedes? El alcalde de Stazzella ha hecho colocar en la escuela un busto de Víctor Manuel, «á su costa», ¿Han leído ustedes lo que publican los periódicos del alcalde de Stazzella? Ha hecho «á su costa» que estampen en las paredes de las escuelas inscripciones morales, y que se coloquen los retratos de cuatro grandes hombres en todas las clases.

Estas noticias picaban á Lorsa en tales términos, que no se podía contener, y trataba á su colega de charlatán; decía que sus elogios en los periódicos los mandaba poner él mismo; que conducía su pueblo á la ruina por su ambición, recordaba su pasado de jugador y mujeriego, y llamaba irónicamente á Stazzella «el pueblo de los doctores» (los «sabijondos», decía algunas veces). Pero ya fuese por un puntito de remordimiento, ya por una idea vaga, efímera sin embargo, de ponerse él también á realizar algo de vez en cuando, si leía en los periódicos uno de los frecuentes elogios prodigados á su rival, cogía el sombrero é iba á visitar las escuelas, y á que los maestros le viesen.

La noticia de que el alcalde de Stazzella había hecho trazar con colores vivos la topografía del término municipal en las paredes de una escuela, fué la que valió á Emilio Ratti la primera visita de su alcalde, hacia la mitad de Diciembre.

Cuando penetraba en la escuela, de malísimo humor, dió el alcalde un codazo tremendo á un muchacho que, saliendo para una urgencia, le había pisado un pie. Después dijo al maestro que continuara la lección. Emilio, que estaba explicando á los párvulos la aritmética, teniendo en la mano una manzana partida en cuatro porciones iguales, prosiguió:

—¿Qué es lo que ahora he hecho? He dividido por la mitad cada una de las dos partes de la manzana. ¿En cuántas partes he cortado, pues, la manzana? En

cuatro partes. Repetid: en cuatro partes. ¿Cómo llamaremos á cada una de esas cuatro partes? La nombraremos una cuarta parte, ó, si no, un cuarto de manzana. Reunamos ahora las partes en que hemos dividido la manzana. Como estáis viendo, volvemos á tener nuestra manzana entera. Atención ahora. De las cuatro partes en que ha sido dividida la manzana, tomo una. Aquí está. ¿Qué parte de la manzana he tomado?

El alcalde, que estaba escuchando y tenía una mano sobre los ojos y la otra debajo del codo, descubrió su rostro, dejando ver una expresión de piedad desdenosa hacia aquellas fruslerías de juegos infantiles, enderezados á explicar lo que comprendían todos. Interrumpió la lección para preguntar bruscamente por qué en uno de los primeros bancos había un solo alumno.

El maestro le contestó que los otros faltaban habitualmente, y que los nombres de esos estaban acotados en las listas que ya por «dos veces» había remitido Emilio al alcalde.

Este varió en seguida de conversación, reprendiendo á un niño porque tenía las manos metidas en las mangas.

El maestro le hizo observar, con todo respeto, que hacía mucho frío y que la calefacción era insuficiente. El alcalde le miró como asombrado y dijo:

—¿Frío con treinta personas en una habitación?

Y volviéndose hacia su hijo, que se hallaba en un banco en el fondo de la clase, le preguntó en tono brusco:

—¿Tienes frío?

El muchacho, después de vacilar un rató, contestó que no.

—Además—siguió diciendo el alcalde,—están muy separados; que se aproximen unos á otros y se calentarán ellos mismos.

Comenzó á mirar en rededor; comprendíase que estaba allí á disgusto; que la atmósfera de aquel lugar le era antipática.

—¡Qué poco limpio está todo esto!—dijo.

—Ya lo veo—respondió el maestro;—sería muy conveniente encargar al ordenanza...

—El ordenanza—interrumpió el alcalde,—sólo está obligado á barrer una vez en cada diez días.

—No basta—dijo Emilio.

Y el alcalde siguió diciendo:

—Una escobada puede darla cualquiera.

El maestro lo miró; Lorsa quiso enmendar el efecto causado, y se apresuró á decir con rudeza:

—Haga usted que barran por turno los discípulos.

—Se hará.

El alcalde volvió á mirar en rededor suyo; después se dirigió á la puerta diciendo:

—Sobre todo... enseñe usted á estos muchachos á respetar y á saludar á quien deben; hay aquí más de uno muy mal educado.

Y salió.

Obedeciendo la orden, el maestro principió al día siguiente á hacer que los alumnos barriesen la escuela por turno, en orden alfabético, con la curiosidad de ver, cuando llegase á la *ele*, cómo se las compondría el hijo del alcalde, que tenía un orgullo filial bastante desarrollado. Pero en la mañana en que le habría correspondido barrer á éste, cuando llegó á la escuela antes que los alumnos, halló el maestro al ordenanza que daba las últimas escobadas. El dependiente municipal, cuando hubo concluido, dejó en un rincón la escoba, y dijo con mal gesto al maestro:

—De hoy en adelante vendré yo...; me lo han mandado.

Y salió refunfuñando:

—¡A un herido!

EL VÍA CRUCIS DE «LA LITERATA»

Después de ésta, el maestro no tuvo más molestias por causa del alcalde, pero le sobrevinieron otras de donde menos las temía: de la maestra señorita Gamelli, de apodo «la Literata», contra la cual continuaba

La novela de un maestro—Tomo II—10

y cercía en el pueblo la persecución de murmuraciones. Para decir verdad, la joven había cometido con las señoras el grave error de haber intentado demostrar con exceso su superioridad literaria; y su tía la jorobadilla, su admiradora de corazón, la perjudicaba inconscientemente dando á leer á todos cualesquiera trabajillos que la maestra publicaba con tres seudónimos distintos, de flores los tres, en tres periodiquitos diferentes; estimulábala en esta propaganda la mujer del boticario, una desdentadilla venenosa que, fingiendo admiración por la muchacha, desempeñaba dos distintos papeles en la comedia. Esta y otras señoras la abrumaban con mil cumplimientos; otras, más orgullosas, habíanse puesto de acuerdo para no dejarla abrir la boca en asuntos de literatura, y lo conseguían con aquella finísima habilidad que las señoras poseen para mantener la conversación á gran distancia, ó separarla, de las materias en que suponen que harían papel desairado.

Tanto hicieron entre todos, las señoras como los caballeros, que acabó la maestra por recelar algo. Había algunas de sus más poéticas frases que eran empleadas, al parecer naturalmente, pero demasiado á menudo por cuantos hablaban con ella; sonrisitas que la joven cogía al vuelo; exclamaciones de admiración excesiva hechas con motivo de alguna singularidad de su traje, y cierta manera extraña con que solían llamarla á que contemplase un paisaje ó una puesta de sol, para reirse de su admiración, un tanto convencional, de la naturaleza, desde que se había sabido que para educar el sentimiento de lo bello en sus alumnas, la maestra las hacía á veces asomarse á la ventana y mirar el efecto de unas nubes ó el horizonte de la campiña, lo cual había parecido extraordinariamente cursi. Entre las señoras, la más encarnizada contra la maestra era la mujer del delegado, á consecuencia de una corrección que ésta se había permitido indicarle sobre el modo de pronunciar la doble *zeda*. Echando de ver, aunque muy confusamente, la burla, la maestra no comprendió bien, como acontece á los que pecan de afectación, de qué defecto suyo se hacía vaya, pero no por eso pareció menos hondamente turbada:

y cuando hasta entonces había creído tener tantas amigas, sintióse de repente en medio de una soledad que la angustiaba. Una amiga natural le había quedado, la maestra señorita Pedani; pero ésta, habiendo adivinado en «la Literata» una índole sentimental completamente opuesta á la suya, huía de ella, y más aún desde que supo que su compañera, muy entendida y al corriente de las prescripciones de la moda y de la elegancia, se había manifestado asombrada de que la Pedani le hubiese hecho la primera visita con guantes de hilo, siendo así que las pragmáticas sociales requerían para el caso guantes de piel. Hallándose aislada y humillada en el pueblo, sin que pudiera desahogar con nadie sus amarguras, porque la tía no era sino una sombra suya, sintióse impulsada por un sentimiento amistoso hacia aquel maestro joven, de ojos bondadosos y átentas maneras, en quien no había vuelto á pensar desde el principio, y comenzó á cruzar con él algunas palabras siempre que lo encontraba. Emilio, por de pronto, no recibió impresión muy agradable, porque á la tercera vez que se encontraron le dió ella un soneto para que lo juzgara. Pero después, al mirarla sería desde que echó de ver la mala intención de las gentes, y sobre todo al reconocer que bajo aquel falso barniz literario no faltaban en absoluto ni la bondad, ni el ingenio, le tomó algún cariño, y una noche la defendió en el café contra las burlas de un círculo de contertulios. Súpolo ella, y al hallarle al día siguiente por la calle, fué acompañándolo sin miedo á los curiosos, y desahogó su alma del todo, hablándole resignadamente y con la garganta oprimida.

—Por último, señor Ratti, dígame usted: ¿qué tienen las gentes éstas contra mí? En esto hay algo que no comprendo. No he ofendido á nadie. Se diría que me aborrecen... ¡qué sé yo! que se ríen de mí. Usted debe de saberlo. ¿Qué es lo que dicen? Dígame usted la verdad. No puedo vivir de este modo.

El joven se sintió conmovido, y le tuvo lástima; aquel dolor sincero, expresado con su pronunciación afectada y con gestecillos algo amanerados, le entristeció tanto, cuanto le habrían apenado algunas lágrimas en una careta de seda, de color alegre. En un tris

estuvo que lo dijese todo. Pero ¿cómo entrar en conversación tan delicada sin herirla en lo más profundo del corazón? ¿Cómo decirle: «tiene usted este defecto, corrija usted?...» ¡A una señorita!

Salió del paso con palabras vagas. Eran niñerías; las acostumbradas pequeñeces y murmuraciones ordinarias de las aldeas. Las señoras siempre tienen celos de las maestras jóvenes, sobre todo si eran éstas elegantes y tenían talento. No había que dar á esas cosas importancia alguna... Todo concluiría de un momento á otro.

Pero la maestra, advirtiendo la turbación de su compañero, no le creyó.

—¡Oh, no, no!—le dijo;—aquí hay alguna cosa oculta, especial... Usted no me habla con franqueza. Hábleme usted como hombre caballero y bien nacido. Tiene usted la obligación de ser sincero. Se lo suplico.

Como se hubiesen detenido, en aquel momento de expansión del alma, la joven estrechó la mano derecha del joven, que jugueteaba maquinalmente con la cadenilla del reloj.

Casi disponiéndose á contestar se hallaba Emilio, cuando repentinamente arrugó el entrecejo y retiró la mano; al levantar los ojos hacia una ventana había visto relucir entre los tablones de la persiana las miradas de la mujer del delegado.

Entonces repitió, con algún apresuramiento y mostrando indiferencia, lo que ya había dicho; dió seguridades que su actitud desmentía, y saludó muy de prisa á la maestra, que, llenos los ojos de lágrimas, le dijo:

—Le juzgaba distinto.

Y se alejó tristemente.

No habían transcurrido dos días, y ya se aseguraba como cosa cierta en el pueblo que el maestro Ratti y «la Literata» se entendían. La mujer del delegado había visto cómo la maestra se declaraba al maestro, en medio de la calle. Por lo visto «la Literata» era amiga de los procedimientos sumarios. Impusieron muchos la obligación de no perder de vista aquella pareja. La noticia fué dada oficialmente á las amigas, en la

noche misma del descubrimiento por la boticaria, que penetró en el saloncillo exclamando:

—Señoras, señoras: ¡tenemos en perspectiva... una pasión!

ENTUSIASMOS

Emilio Ratti despreció aquella chismografía, absorbido como estaba, y cada vez más, con su escuela, por la que sentía una pasión de la cual él mismo solía preguntarse, maravillado, de dónde procedía. Nunca como entonces se había considerado espiritualmente cerca del gran educador de Zurich que, por afinidad de carácter, había sido siempre su predilecto. Oía dentro de su corazón constantemente aquellas hermosas palabras suyas: «Todo lo bueno que había en el corazón de mis niños, lo conocía yo. Mi mano estrechaba sus manos; mis ojos leían en sus ojos; confundía yo mis lágrimas con sus lágrimas, y mi vida con su vida. Yo no tenía amigos; no tenía nada, ni aún para comer; tenía solamente á mis queridos discípulos. Rezaba yo, y los enseñaba próximo á su lecho, hasta que se dormían. Aunque estuviesen lejos de mí, yo vivía con ellos.»

Emilio, repitiéndose estas palabras, comprendía, sentía con todas las fuerzas del corazón, que el «formar almas nobles» era la tarea más santa y más gloriosa que el hombre podía realizar en la tierra. Tanto á él como á su insigne maestro sucedía en ocasiones, cuando comenzaba la clase, verse dominado por esa agitación febril que se apodera del artista en el momento del trabajo. Convencido por una larga experiencia de que tanto más fácilmente mantiene el maestro el orden en su clase, cuanto mejor preparado va para explicar la lección, Emilio se preparaba con gran cuidado todos los días. Daba de este modo lecciones sólidas, con unidad, con calor, que obligaban á todos á escucharle

atentamente, y de las cuales salía él contento, como el orador sale después de haber alcanzado un triunfo en la tribuna. Cuando en las breves pausas de sus explicaciones, volviéndose hacia la ventana para contemplar la vastísima llanura, sembrada acá y acullá de campanarios blancos, se imaginaba los centenares de maestros que en aquella misma hora trataban en aquel centenar de pueblos en instruir y en educar á millares de millares de niños, la idea de tener participación en aquella obra gigantesca y beneficiosa hacia que su corazón palpitase de entusiasmo. No ignoraba Emilio que algunos padres de sus alumnos le acusaban de tener excesiva indulgencia, quejándose de que sus hijos, verdaderos diablos en casa, no fuesen castigados nunca en la escuela; pero se consolaba de eso pensando que de Pestalozzi se había dicho lo mismo; que muchos padres de los alumnos de aquel gran maestro ni siquiera lo saludaban, y que algunos hasta le aborrecían. Sabía también el joven que su sistema no era muy del gusto del alcalde, el cual, habiéndole visto cierto día llevar de la mano y hablar cariñosamente á uno de los chicos más traviosos de la clase, habíale dicho al pasó: ¿Halagos á ése? *Un toc d'frasso* (uná buena vara de fresno). Pero Ratti se hallaba entonces de tal manera seguro de que con la bondad, llevada hasta la dulzura casi angélica, podía conseguirse todo, que ninguna desaprobación le importaba. Visitaba en las casas á los niños enfermos y daba consejos á sus padres, perdonándoles sus groserías. Esmerábase muy especialmente con los discípulos de inteligencia escasa. Vigilaba aún fuera de la escuela á los más díscolos y más traviosos, aprovechando todas las ocasiones que se le presentaban para amonestarles, más con el empeño de un hermano mayor que con el interés de un maestro. Hallábase en un estado de gracia, de inteligencia y de ánimo, que le hacía gratos y fáciles todos los sacrificios. A producir este efecto contribuía también una primavera espléndida, y la hermosura de aquellos sitios despejados, desde donde por todas partes se contemplaban panoramas verdes y azules, ríos de plata lejanos, los Alpes blancos, y donde también por todas partes se aspiraban aromas de fo-

llaje, de flores, de tierra, que despertaban en él el sentimiento fresco de la adolescencia, y con este sentimiento la esperanza de ser algo en el mundo y el propósito de renacer para la vida intelectual. Reanudó efectivamente sus estudios. Retirábase temprano á casa, y después de cruzar algunas palabras con aquel extraño guarda rural, todo pelo, que se pasaba las horas muertas en la puerta de su habitación, inmóvil, pidiendo números á todas las estrellas del firmamento, se encerraba en su cuarto para reparar sus libros y estudiar el francés. Algunas veces, en las altas horas de la noche, oía Emilio la voz vinosa del maestro señor Reale que, pasando por la calle y comprendiendo, al ver la luz, que Ratti estudiaba, solía gritarle con su lengua torpe:

—¡Bravo! ¡Bien por el estudiante! ¡Estudia, estudia todo lo *sabible!*... ¡Ah, loco! ¡Ah, necio!

Pero ni aún esto le turbaba; antes por el contrario, el pensamiento de la enorme diferencia que había entre él y su colega le afirmaba más fuertemente en su propósito. En esta sobreexcitación de todas las mejores facultades de su naturaleza, también se despertó en Emilio el sentimiento religioso, que nunca se había extinguido en su alma completamente; nada se determinaba con precisión en su sentimiento, sino así como una necesidad de tener la mente libre de pensamientos bajos, como para prepararlo á recibir un sentimiento de fe, cuyo concepto no tenía muy claro; una tendencia á meditar largamente de noche, contemplando en silencio aquella llanura inmensa, iluminada por la luna; evocando las imágenes de su madre, de sus hermanos, de sus bienhechores, de su excelente amiga Faustina, que refundía en la única esperanza de otra vida. Llegó hasta buscar la compañía del cura y oportunidad para abrirle su corazón como en una confesión de un hijo á su padre; pero la primera vez que aquel excelente sacerdote adivinó los sentimientos de Emilio, asustado ante la idea de un coloquio elevado y conmovedor, al cual su carácter era refractario, se apresuró á interrumpirle á tiempo, ofreciéndole de beber y comenzando una conversación ligera. Volvió Emilio entonces sus ojos al señor Bruna, con quien había convenido en

comenzar el estudio del latín. Pero comprendió pronto que tampoco podría explayarse con ese presbítero. A las primeras indicaciones que aventuraba el joven sobre el estado de su alma, paraba serio el anciano, oíale con respeto, pero se mostraba siempre reservado y como ajeno á la conversación, limitándose á darle palmaditas en el hombro, y á decirle: «¡Oh! ¡Guapo muchacho! ¡Ah, qué sentimientos tan nobles!...» á fuer de sacerdote inteligente, para quien era indudable que con las frases de ordenanza—las solas que él se hallaba en estado de decirle—antes perturbaría que ayudaría la generación provechosa de pensamientos y de afectos que adivinaba en el alma de aquel joven tan amigo suyo. Pero éste, aún con eso poco se satisfacía. Solamente una cosa trastornaba al joven; es á saber, una sensación más vehemente que, desde la llegada de la primavera, producía en él la maestra señorita Pedani siempre que la veía y la hablaba. Con la florescencia de la nueva estación había adquirido la hermosa joven un esplendor de salud maravilloso, y parecía como si su cuerpo se hubiera puesto todavía más vigoroso y más bello, aún permaneciendo sin alteración alguna su rostro, que no expresaba sino un feruero y tranquilo sentimiento de su juventud. No era amor lo que aquella mujer despertaba en Emilio, sino una especie de hormigueo de chispazos en su sangre, un torbellino de imágenes tentadoras, cada una de las cuales representaba una forma de la maestra, ó una de sus actitudes, pero ninguna su rostro; estas imágenes cruzaban por la fantasía del joven como relámpagos; á veces hasta en la escuela misma, si la había visto antes de entrar. Y esta efervescencia que Emilio sentía llegó á tal extremo, que cierto día el joven se vendió. Estaba charlando con ella, sobre la próxima llegada del inspector, á la puerta del jardinillo de su casa, y hacía ya algunos minutos que Ratti tenía fijas sus miradas en la preciosa mano con que su interlocutora cogía y casi dominaba la resistencia de una de las grapas de la cancela, cuando, sin venir á cuento, llegó á sus labios y se escapó de ellos de pronto un cumplimiento adocenado, pueril, estúpido, dejando á Emilio como asombrado de su propia majadería y de

su propia audacia. La maestra lo miró muy atentamente; y como adivinase en el rostro del joven que aquellas palabras no expresaban sólo el capricho de un momento, sino un orden de ideas habituales, acaso un propósito y hasta una esperanza, le contestó con tranquilidad, midiéndole con la vista de arriba abajo: —Haga usted ejercicios gimnásticos de pesas.

OTROS PARIAS

El golpe fué rudo, é hizo temblar á Ratti, durante muchos días, de despecho y de vergüenza; pero produjo el efecto del hierro candente sobre una llaga. El orgullo ofendido sofocó la voz de la sensualidad, y cuando ésta calló, el joven se halló libre. También contribuyó á distraerle de aquel pensamiento la inesperada visita de un colega suyo, maestro en una aldea de la montaña y cuya fama de improvisador de versos en dialecto había llegado á oídos de Emilio desde los primeros meses. Este maestro poeta se presentó por sí mismo á Ratti para suplicarle que le redactara una solicitud de socorro, dirigida al Consejo de Instrucción pública, y fundada sobre tal cúmulo de razones, que sólo para escribir la mitad habríase necesitado un día entero. Era una figura de mago viejo, lleno de cara, bizco y de cabellos grises muy largos; el tal habló á Emilio en idioma italiano, acaso para alejar toda sospecha de que no lo sabía, pero con un vicio extraño de pronunciación que, cuando hablaba con viveza, le hacía variar las letras finales de todas las palabras; decía, por ejemplo: un *negociu malu, una salía inesperá*. Díjole que deseaba hacerse redactar su exposición por un maestro joven y reciente en sus estudios, no porque él no supiera escribir, sino porque ahora ya no gustaba la manera de escribir que él había aprendido, por haber variado, como varía todo

en el mundo, el *estilu*, y las autoridades no miraban bien á los que escribían á la manera de antaño. Este pobre hombre tenía un hijo soldado, y en su aldea, para ayudarse ejercía el oficio de alpargatero. Al salir improvisó, como en acción de gracias, un pareado tan lacrimoso, que faltó muy poco para que Ratti echase mano al bolsillo y le diera algunas monedas. Volvió otras varias veces á saludarlo, y un día le presentó á un su colega, más pobre y más extravagante que él todavía, el cual pasaba á Camina para cobrar su asignación: un desdichado que, para poder ir tirando en su aldeilla, desempeñaba juntamente los cargos de maestro de escuela, cartero y secretario de Ayuntamiento de otro lugarejo contiguo; aparte de esto, solía sacar algunas pesetas vendiendo ardillas, en cuya caza era muy diestro; el infeliz vivía en sobresalto constante de perder alguno de sus empleos desde que habían aparecido en un periódico de la provincia dos artículos escritos contra él, y que se intitulaban: *El maestro ubicuo, ó acumulación de sueldos*; de tal modo, que solamente la vista de un diario le entristecía. Por este desdichado supo Emilio que aún había en otra aldeilla un maestro que

«por este cruel menester
de comer y de beber,»

había desempeñado, durante una larga enfermedad del *titular*, el cargo de sepulturero; el hecho se había divulgado en un número del suplemento de «El Pueblo», que él conservaba por los comentarios filosóficos que acompañaban á la noticia. Era ya general el empeño de poner á los pobres maestros en la picota de los periódicos. Precisamente un mes antes, después de haberle dejado en paz por espacio de muchos años, habían escrito una carta contra un maestro sacerdote, viejo ya, reprochándole que echaba á perder á los niños por su excesiva mansedumbre; y aquel artículo, el primero en que durante su larga vida habían hablado de su persona, habíale sacado de sus casillas en tales términos, que desde aquel día había comenzado á repartir en la escuela puntapiés y bofetones á

diestro y á siniestro; los alumnos, en muchos casos, se veían precisados á evitar aquel furor loco arrojándose por las ventanas. Supo de otros, próximos y lejanos, que tocaban juntos la sinfonía de la libranza, con la perfección con que podría hacerlo una orquesta de profesores. Pero uno, cuyo ejemplo contribuyó muy eficazmente á instruir á Ratti y á contentarse con poco, fué una maestra de la aldea de Riocaldo, hasta donde fué el joven un día paseando con el señor Bruna, que había conocido al padre de la maestra aludida cuando desempeñaba el cargo de ujier del tribunal de Alejandría. Habiendo quedado huérfana y sola, y teniendo ya su título, había tornado á su pueblo y había establecido allí una escuela facultativa con el sueldo de doscientas pesetas anuales. Allí la conocían desde niña, y la trataron bien. Era una joven como de veintiocho años, vigorosita, siempre con una cara de pasuca que daba gozo, de una laboriosidad y de un buen humor sin iguales, y ocupaba una habitacioncilla del tamaño de un compartimento de vagón; en una de ellas explicaba á sus discipulillos de ambos sexos, que se sentaban en unas banquetitas groseramente hechas por los aldeanos, y escribían en bancos de desecho de una hostería que había quebrado. La maestra misma explicó al señor Bruna su regocijada pobreza, y ambos cantaron un verdadero dúo de alegría. Para vivir hacía camisas á las campesinas, y las estiraba; las aldeanas, cuando regresaban del molino con la harina del maíz, le regalaban un saquillo (como ellas dicen) de polenta nueva; y cuando hacían el pan, amasaban para ella la «miga gruesa». También ganaba la maestra alguna cosa haciendo esas cofias largas y blancas que suelen llevar las aldeanas en los días solemnes y de gran gala; y en pago de ciertas lecciones de cuentas que daba de tapadillo, á varias personas adultas que deseaban salvar el pudor de su ignorancia, recibía en la época de la vendimia algunas banastas de uvas, con las cuales ella misma se hacía, en una cubeta de la cocina, como obra de medio barril de vinejo, con el cual podía teñir su agua todo el año. Con esto, y con las patatas y los higos que conservaba para el invierno; calentándose un poco, en las horas de más